

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales Paris: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

LOS GATOS DEL ESTADO

(CUENTO-EXPERIENCIA)

Cuántas veces han llegado á tus manos, lector queridísimo, periódicos, revistas ó folletos, en que firmas autorizadas, han venido á turbar tu espíritu tranquilo, con lamentaciones razonadas, sobre las causas del atraso de España, en los diferentes órdenes de la actividad humana.

Cuántas veces, con la indiscutible fuerza de los números, el sabio, el financiero, el industrial y el maestro, han puesto de relieve ante tus ojos, con estadísticas crueles, todo el cuadro de nuestras tristezas nacionales. Sus párrafos, sus nutridas páginas, ágiles y fatidicas, habrán dejado en tu alma una huella profunda de amargura infinita, un rastro de melancolía, imborrable.

Seguramente habrás leído al sabio, cuando dice "que la ciencia moderna no tiene nombres españoles entre los conquistadores de sus glorias". El financiero te habrá dicho que el capital, retraído, cobarde y egoísta, duerme, convertido en Papel del Estado, en el sótano más profundo, del Banco más seguro. El industrial se lamentará de que la industria muere por falta de la técnica y víctima de los gravámenes, única planta que cultivan los que nos gobiernan... y, por último, el maestro te habrá referido sus miserias legendarias, cantándote un himno á la cultura del niño y á la cultura del hombre.

Pues bien; yo que no soy industrial, ni sabio, ni financiero, ni maestro, he caído en la tentación (Dios me perdone) de explicarte lo que yo creo una de las causas más poderosas del atraso de España; pero te lo voy á explicar en forma de experiencia-cuento, porque se de buena tinta, que esos largos artículos solo llegan á tí en los ratos de insuperable aburrimiento ó cuando el sueño se niega rebelde á cerrar tus ojos con sus manos piadosas.

Pues señor... Yo soy un *funcionario del Estado*, un funcionario que cumple con sus obligaciones, regularmente, melódicamente, y, sobre todo, con una monotonía encantadora. Presto mis servicios en una dependencia del Estado, Edificio de largos pasillos, bóvedas altas, despachos espaciosos, rígeramen-

te oscuros, ventanas con rejas, yedras por los muros, un jardín triste y un laberinto de almacenes con puertas rotuladas que están indicando el orden *fácil y previsor* de las oficinas de España.

Yo, lector, averigüé á mi ingreso en esta docta casa, donde todo se halla lógicamente organizado de tal manera que con sólo dar vueltas á la máquina, salen expedientes é informes, lo mismo que de la noria sale el agua averigüé, repito, que existía y existe un presupuesto formal y debidamente autorizado, para alimentar veinte gatos en los trecientos sesenta y cinco días del año.

No puedes figurarte querido lector, mi extrañeza ni la necesidad imperiosa que sentí, de conocerlos, de estudiarlos y de trabar una estrecha amistad, con estos queridísimos felinos que al fin y al cabo, eran, (etiquetas aparte), compañeros míos, en toda la extensión de la palabra.

Primero, averigüé, que la razón de la existencia de estos queridísimos compañeros, consistía en que, allá por el año de 1725, un sabio director del establecimiento, después de escuchar el Informe que dió la *junta facultativa*, previo *exámen de una ponencia*, demostró á la Superioridad, que para guardar ciertos efectos que allí se almacenaban y librarlos de las furias de ratas y ratones eran precisos veinte gatos, que, como es lógico, fueron debidamente autorizados.

Estos gatos, hacen una vida reglamentaria y tranquila, y comen á las once puntualmente, desperdicios de pescado y piltrafas de carne, equitativamente repartidas por un digno funcionario que cumple su misión á toque de campana.

Forman *más compañeros* á las once un semi-círculo ante la puerta del empleado repartidor, que distribuye de derecha á izquierda, ó de izquierda á derecha, pero siempre de modo sistemático.

Los gatos ocupan sus sitios, casi siempre los mismos.

Hay entre ellos, gatos negros de manchas blancas, grises, rojos de larga colas y gallardos bigotes, orejas

puntiagudas; pero todos gordos, rollizos, lucidos. En la hora que sigue á su yantar pacífico me recuerdan esos cuadros en que la mano del artista nos pinta á los reposados y dulces canónigos, que dormitan en los sillones decoro de nuestras catedrales, murmurando oraciones al Altísimo, por nuestras almas pecadoras.

Yo pensé, un día aciago, para cerciorarme de la utilidad de mis amables compañeros, sometierles á una prueba ruda, definitiva. Pensé, ver si los hacía trabajar en su cometido y para ello busqué una rata, que encerré cruelmente en una pequeña caja de cartón.

Después de una ligera polémica con mis felinos, conseguí reunirlos en una habitación, vacía, y, apropiado para la lucha y los entraron á fuerza de argumentos contundentes. Por las ventanas entraba el sol, y una vez pasada la impresión primera, fuéronse acomodando mis amigos, unos dedicándose á su limpieza y aseo personal, pasándose la garra por la cara, y otros dejaron caer la cabeza, recogida sobre sus manos, dedicándose al reposo dulcemente.

Soñé con precaución la rata, que salió de un salto buscando el amparo de un rincón. Ya podéis figuraros lo que yo esperaba de mis veinte fieras. La rata, se quedó, fija tal vez esperando como yo un ataque inmenso formidable, y esperándolo movía su hocico brillante con un ritmo, nervioso, inquietante, que seguramente producía el miedo.

Los gatos más cercanos, giraron para verla; los otros, más distantes, volvieron sus cabezas gravemente. Pasó un minuto, y luego otro, y la rata aventuró un movimiento, una carrera corta, luego otra, y *mis fieras, mis veinte fieras... nada, sosegadas y tranquilas, solamente la miraron con una mueca de graciosa curiosidad*. La rata poco á poco se fué convenciendo de que no existía peligro, y los gatos poco á poco encontraron divertido el entretenimiento en el período de su copiosa digestión, y así seguimos hasta que la rata, saltando al antepecho de la ventana, se perdió entre la yedra del muro mientras los felinos, mis activos felinos, levantaban sus cabezitas curiosas para verla correr por el muro.

Abrió la puerta y uno á uno fueron saliendo, mientras yo, gorra en mano, los saludaba respetuosamente, como la más genuina representación de mi España.

Sabio concienzudo y formidable; financiero inteligente y ágil; industrial laborioso y paciente; maestro, eterno soñador de una cultura que no llega nunca, no cansaros, nosotros somos ó intentamos ser "Los gatos del Estado" tranquilos, sosegados, y no sabemos luchar con la vida, no queremos pelear con la *rata*, esperamos solamente los desperdicios del pescado, las piltrafas de carne, y eso nos basta, siempre que lleguen á las once en punto y después... al Sol, al delicioso vagar del pensamiento, al dulce é inabarcable soper de nuestra raza.

M. N. P.

Huelga en la Argentina

Madrid 9-9 m.

Telegrafian de Londres comunicando que los maquinistas ferroviarios de la Argentina, se han declarado en huelga.

Esta tiene gran importancia, pues ha paralizado todo el tráfico de las mercancías, y en gran parte, todo el movimiento de viajeros.

Campesinas

¡Toma, toma! Con que ahora salimos con que el Carrion, sugeto á un procedimiento judicial por haber sido gerente de La Levantina, es el mismo Carrion que se firma gerente del Banco Agrícola?

¡Caramba, hombre, caramba! Pues ahora nos lo explicamos todo. Ahora nos explicamos, el rebundio que se ha armado entre los accionistas de ese Banco y hasta la prisa que se han tomado algunos (véase D. Serafin González) para salir de él.

Y ahora vemos muy puesta en razón la zozobra de muchos.

Y hasta Lo vemos muy natural, pues quiere la suerte loca que el boticario rural, tenga una mano fatal; ¡Seca todo lo que tocal

Y en este punto, se nos ocurre una duda.

¡Cielos! ¿si será también gerente de la Popular Eléctrica?

Porque entonces, también, nos lo explicariamos todo.

¡Todo! Hemos dicho que don Serafin González ha tomado las de Villadiego y se ha salido del Banco Agrícola.

¡Pero lo que no hemos dicho es que este don Serafin es hermano del otro González.

Del Don Diego. Del de Miranda. De ese que amenaza otra vez á los del campo con no sabemos cuántos molinos de viento y con una balsa que se pierde de vista.

¿Verdad, señoras y señores, que con estos antecedentes, ya va siendo muy significativa la *huida* de don Serafin?

¡Y lo que te robare, morenito, por que sabemos que algunos más de la familia piensan seguirle.

Esto demostrará á ustedes que en ciertas esferas ha sonado el ¡salvese el que pueda!

¡Vaya si se ahogarán!

¡Señores, agarrarse!

Por aquí por el campo corre la noticia de que Pepe Vaso se refira.

Así me la dieron. Yo ni quito, ni pongo, ni altero, ni comento, ni niego, ni concedo.

Progresos del boicot. Los bloquistas han declarado el boicotage á los caseros.

Desde hoy ya no pagarán más el alquiler porque dá la casualidad que casi todos los propietarios no son del bloque.

Brindamos á la Sociedad de Proprietarios una *ideica* por si quieren imitar en flor esta cruzada que se les viene encima.

Que nombren abogado suyo al diputado *honrado*.

Y que se aguante D. *Ipsa facto*, Que otra vez será.

¡Ahí, vá una bomba!

El diputado *honrado*, está cerca muy cerca de....

¡Señores, no me atrevo!

¡La verdad! ¡No me atrevo!

Y cuenta que como dijo el poeta.

no cabe lo que callo en todo lo que no digo.

Uno del campo.

Ofrecimiento patriótico

Madrid 9 9 m.

Los ingenieros españoles que se hallan estudiando la aviación, en Pau, se han ofrecido para ir voluntarios á auxiliar al Ejército de Melilla. Gasset, después de agradecer en nombre del Gobierno tan patriótica conducta, les ha reiterado el ofrecimiento que les hizo de fundar una escuela de aviación en Madrid.

Reparto de juguetes

LISTA DE DONATIVOS

SUMA ANTERIOR: PTS	813'00
D. Manuel Zamora	5'00
• José de Murcia	3'00
• Manuel Carreño	9'00
• José García	0'25
Total.	830'25

Además de los millares de juguetes adquiridos por la comisión, se repartieron muchos regalados por caritativas personas y varios lotes enviados por los comerciantes en cuyos establecimientos se habían comprado los juguetes.

Extracto de las cuentas enviadas por la comisión, cuyos justificantes se hallan á disposición de todo el que quiera conocerlas en la Peña Conservadora

FUNCION BENEFICA	
PESETAS	
Importe de los donativos.	910'50
• • • gastos.	501'35
Saldo á favor.	409'15

RESUMEN	
Saldo de la función benéfica	409'15
Importe de los donativos en metálico.	830'25
Total.	1.239'40
Coste de los juguetes.	1.231'42
Saldo á favor.	7'98

Este pequeño saldo ha sido enviado hoy al Hospital de Caridad.

Estos podían estar bien tranquilos; tenían la seguridad de defenderse hasta el siguiente día, y entonces, si aún los piratas insistían en su asedio acudirían en su auxilio los cartageneros.

En cuanto á las señoras, del pánico terror que las embargó en un principio, habían pasado á una tranquilidad relativa que las alientó y las potó en el caso de concurrir á la defensa común; entonces se aplicaron unas á acercar municiones, á preparar las cargas otras y las criadas, unidos á los pescadores, se subieron á las torrecillas y desde allí lanzaban piedras, ladrillos y cuanto á las manos les venía sobre los atribulados moros.

Entre tanto la hermosa castellana, acudía á todas partes llamando la atención por su valor sereno con que alentaba á todos.

De pronto eclipsó la peregrina dama.

Llegó un momento en que fué necesaria su presencia y el mayordomo la buscó por todas partes, sin lograr encontrarla. Sólo iba á éste visitar la torrecilla del montículo y á ella se dirigió, pero al sentir su planta en los primeros escalones tallados en la roca, el infeliz estuvo á punto de caer desvanecido. Había visto á su ama que pretendía arrojarse desde las almenas y que algunos piratas la sujetaban por los brazos.

Tal suceso era horrible, desesperante, y sobre todo irremediable.

se hallaban, porque no se trataba solamente del peligro que corría la castellana, sino del que amenazaba á todos por encontrarse en medio de dos fuegos.

Y tronó de nuevo el falconete rebotando su metralla en las paredes del castillo é implorando á los hidalgos dar auxilio á la joven castellana; y á poco los piratas prendieron fuego al puente levadizo y á las puertas del castillo, empezaron á arder amenazando derrumbarse; y arrojaba el peligro por instantes; y los hidalgos, aún los más valientes, temblaban con espanto ante la suerte que aguardaba á sus familias; y todos esperaban una catástrofe terrible, cuando de pronto resonó una nutrida descarga por la parte de Levante y los moros llenos de espanto, abandonaron el ataque del castillo y se lanzaron á sus barcas; pero éstas fueron valientemente abordadas por algunos milicianos que aparecieron en escena, los cuales, abrazando el escudo y con el hacha de abordaje en sus potentes diestras, sembraban la muerte por doquier. Y al frente de los moros y gritaba á los suyos:

—¡Santiago, y Cartagena! ¡Sus y á los moros, hijos míos!

¿Quién era aquel valiente caballero que tan providencialmente llegaba en medio de la noche, á

hasta las almenas y cayeron sobre sus descuidados defensores á quienes asesinaron sin piedad.

Cuando Zeta observó que había cesado de sonar el falconete, creyó que la causa de aquel silencio sería la de haberse concluido las municiones á los que lo servían, y cogiendo un frasco de pólvora subió con él las escaleras, que conducían á la torrecilla, sin abrigar sospecha alguna, pero apenas penetró en ella, se sintió asida bruscamente, y aunque logró soltarse de las encallecidas manos que en la oscuridad la sujetaban, viendo tomada la salida subió la escalerilla perseguida muy de cerca por algunos piratas, y en cuyos encendidos ojos leyó la pobre su sentencia y la terraza se vió rodeada por aquellos miserables bandidos. Entonces la infeliz, prefirió arrojarle por la torre á ser pasto de la brutalidad de aquellas fieras, y mediante un movimiento rapidísimo se subió á las almenas y se arrojó al espacio encomendando su alma á la piedad de la Madre del Crucificado. Pero los berberiscos la asieron por el vestido é implidieron que se desprendiese.

Tal fué el horrible espectáculo que hizo gritar al mayordomo con un pavor indescribible, cuyo grito llevó el espanto á los hidalgos y á cuantas personas ocupaban el castillo, que en breve conocieron en su terrible desgracia, la situación en que